

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

A petición de varios suscritores hemos suprimido definitivamente la viñeta para dejar mayor espacio á la lectura.

Creemos que se nos agradecerá el deseo que nos anima de dedicar á la propaganda hasta el más pequeño hueco de nuestra humilde hoja.

LOS DOGOS DE LA SEÑÁ CARMELA

Así se llamaban las tres hijas de aquella comadre mia que esté en gloria, y que aun me parece estar viendo con sumantilla de tiras, su coleccion de sortijas falsas, su abanico de hueso adornado de espejillos y su *andamio* de pato cebado, que á cada movimiento le hacia temblar las carnes como si fueran pastelon de gelatina.

Mi comadre la *señá Carmela* era lo que puede llamarse una comadre tipo.

El decir las gentes dogos á sus hijas tenia cierto fundamento; el fundamento eran las tres narices de las muchachas que parecían tres berzas de Aragon, y sus tres bocas que podían facilitar comodo paso al tiro de una diligencia. Sin embargo, aun decían algunos que las muchachas tenían su atractivo, y aun habia otros que corrían cielos y tierra por hacerlas carantoñas.

A creer á la señora Carmela, sus hijas tenían los novios más espesos que lo estaban las ranas en Egipto cuando aquello de las diez plagas.

Esta comparacion era exacta, porque los futuros yernos de la *señá Carmela* eran una verdadera plaga. Generalmente eran caballeres de *levita*, y esto era lo que le llenaba el ojo á mi comadre. ¡Oh! ¡la *levita*! ¡sublime cosa!

En decir *levita* se venia abajo la casa de la *señá Carmela*. ¡Qué jolgorio! ¡qué alegría! ¡qué ponerse sortijas la madre! y las chicas ¡qué manera de enseñar los dientes y de abrir aquellas bocas de pescado de sopa!

A pesar de estas debilidades no dejaba yo de tener afecto á aquella pobre familia. El marido de la tia Carmela, antiguo sargento retirado con el grado de alférez y con una cruz pensionada por méritos de guerra, (sin duda por la que le daba su mujer) habíase portado muy bien conmigo en cierta ocasion y por eso siempre le miré con cariño. De aquí vino tambien el que sacara de pila á la mayor de las muchachas.

Después murió él, y continué favoreciendo lo que pude á la familia y aconsejando en todas ocasiones á la señora Carmela que procurase mirar mucho por la educacion de sus hijas.

—Déjese V. de vanidades, *señá Carmela*, la decia yo cada vez que me hablaba de *noviajes*; el matrimonio no es un negocio, sino un sacramento; y si no se mira por el lado *derecho*, casi siempre sale torcido. Más vale una chaqueta honrada que una *levita* llena de vicios: ni el dinero ni el boato dan la felicidad: en tener para vivir en paz y gracia de Dios ya puede asegurarse que se alcanzó toda la de la tierra: y lo cierto es, tia Carmela, que solo trabajando es como se llega honradamente á tener algo en este mundo y á conseguir que ese algo no se vaya.

—No diga V. eso, me contestaba la tia Carmela, adivinando á donde iban los tiros,—porque yo conozco muchos que trabajan y no tienen camisa.

—Eso consiste...

—¿En qué consiste? preguntaba la tia Carmela.

—En que son unos *descamisados*.

—Vaya una salida de Perogrullo.

—No tanto, tia Carmela. *Descamisado*, quiere decir hombre

que no tiene camisa, porque no quiere tenerla. Esos trabajadores que V. conoce ¿beben? ¿juegan? ¿fuman? ¿gastan rumbo?

—Algo hay de eso.

—Pues entonces vaya V. á la taberna, al estanco, al bazar ó al garito y allí encontrará V. la camisa que les falta.

—Un triste jornal no da para nada.

—No hay jornal corto que no pueda alargarse por la virtud y la economia, ni renta larga que no acorte tarde ó temprano los vicios y el abandono. Tia Carmela, no se haga V. ilusiones. Mire V. siempre las cosas por el lado de la verdad y las verá claras. El matrimonio es una carga, cuyo peso principal, que son los hijos, hay que subir á un monte muy alto, que es el de la buena educacion. Para sufrir esa carga y llevar esa cruz se juntan dos y aun así no pueden llevarla si no marchan muy unidos. La *union*, pues, no solo del cuerpo sino del alma es lo que constituye la esencia del matrimonio: esa union de fuerzas y voluntades dirigida á tan altísimo fin como es la santificacion de la familia, por la gracia del Sacramento, es lo principal; lo demas es decir; la hermosura, el dinero, la posición etc. es secundario y solo se dá como medio segun conviene.

—De manera que V., señor mio, en materia de matrimonio no tiene para nada el gusto.

—Válgame Dios, tia Carmela, pues ¡no he de tenerlo! solo que yo entiendo, que el gusto en el matrimonio es como el jarabe en las purgas; que solo se pone para que pasen.

—Vaya una comparacion, refunfuñó la tia Carmela, que á pesar de sus sesenta años, aun la veía yo en ojos de volver á purgarse aunque fuera con jalapa,—*una es madre* y ha de darle gusto á sus hijas; todo no han de ser sermones.

—Yo no digo que todo sean sermones, sino que se aproveche el tiempo en que pueda dárselas consejos. En los *noviajes*, tia Carmela, hay un primer periodo, en que la vigilancia y el consejo pueden hacer mucho. En ese tiempo, en que el corazon de los hijos aun no se ha interesado, tienen los padres estrecha obligacion de apartarlos de los peligros á que pueda llevarlos su inesperienza, haciéndoles comprender que no está la felicidad en los falsos espejismos de la vanidad, ni en el ruido del dinero, ni en el incentivo de los placeres. Y que si en el matrimonio puede muchas veces prescindirse de la hermosura del cuerpo, jamas, por ningun concepto, debe prescindirse de la hermosura del alma, porque sin esta hermosura todo está perdido.

—¡Ah! en eso de hermosura, saltaba la tia Carmela tomando el rabano por las hojas, me precio de tener buen gusto. ¡Si conociese V. al novio que tiene ahora mi Gerónima!

—Vaya V. con Dios Carmela, contestaba yo, cansado de predicar en desierto y acordándome de la razon que habian tenido para darle á mi compadre la cruz pensionada por méritos de guerra.

En efecto, el tiempo pasó y todos mis consejos fueron vanos. Conforme fueron creciendo *los dogos* se fué poniendo la casa del difunto veterano hecha un completo burdel. Aquello á todas horas era un infierno de cantos y bailoteos.

—Mire V., me decia un maestro chocolatero muy pacífico, que vivía en la casa contigua; no me dejan *dormir de peso* ninguna noche; como necesito madrugar, me acuesto temprano; pero ¡que si quieres! todo es dar vueltas en la cama. Anoche estuvieron cantando las habaneras de la *Cotorrita* hasta las dos de la mañana.—¡Y que voy á hacer! No tengo más remedio. Quiere decir, que á esa hora me levanto y me pongo á moler.

—¿A los demas vecinos?

—No, señor, el chocolate; vaya un ruido por el otro.

Por lo dicho podrá comprenderse los funestos efectos del desorden de la casa de la tía Carmela.

Dijo un sabio, que en materia de desórdenes, no hay ninguno que no traiga cola. La de la necia conducta observada respecto de sus hijas por la casquivana viuda del estanquero fué bien larga y desdichada. Es una historia triste como la de todos los matrimonios guisados por el *demonio* en la sartén del mundo con el fuego de la carne.

—¿Sabe V. que caso á las chicas? dijo un día la tía Carmela entrando en mi casa con la cara llena de satisfacción.

—Para bien que sea, hija mía: supongo habrá V. recordado mis consejos.

—No soy tonta, señor; mis hijas se casan con personas de posición. Mire V.; la Gerónima, esa es muy lista; ha pescado el mejor. Se casa con el joven aquel que estaba de dependiente principal en la tienda del *Águila Rapante*.

—¿Cáscaras! esa tienda que ha quebrado tres veces.

—¡Ah! es un gran casamiento. Es lo que dice el amo del *Águila*: el día que se vaya este chico, se van mis pies y mis manos.

—¿Con uñas y todo! tal vez tenga razón. Y ¿con qué cuenta para establecerse?

—Con *la mano que le dá* una casa de Barcelona.

—¡Pobre mano!

—Pues mi Adelaida tampoco va mal; se casa con un Señor empleado: un chico que vale *un arma real*; la cadena de oro que lleva es así como el puño, aunque sea mala comparación.

—¿Qué sueldo tiene?

—Tres mil reales.

—Pues dígame V. que lleve cuidado no se le baje la cadena al pié y se le quede en el tobillo.

Mi Rosario es la que no ha sabido lo que se ha hecho.

—¿Cómo es eso?

—Se casa con un herrero. Y diga V. si tenía novios *decentes*.

—Pues ¿qué un herrero no es *decente*?

—Entiéndame V. hombre.

—Demasiado la entiendo á V., mujer ¡infeliz mujer! ¡ojalá se entendiese V. á sí misma como la entiendo yo!

* *

Después de esta conversación pasaron bastantes años. Los *dogos* mayores de mi comadre se habían marchado á vivir á Madrid acompañadas de sus *pulidísimos* esposos.

Ricardo que este era el novelesco nombre del marido de la Gerónima, iba á abrir, según decía, un gran bazar *con la mano* que le daba la casa de Barcelona.

Contando ya con las utilidades del bazar, al tiempo de marcharse le puso *gorro* á su mujer y le compró un reloj, que maldito de lo que le servía, porque Gerónima nunca entendió la hora.

Por su parte Adelaida y el empleado de *la cadena* se fueron también llenos de ilusiones. Tenían ya como seguro un gran destino que les iba á proporcionar un tío suyo; hombre de mucha influencia en Palacio (sin duda con los cocheros).

La madre, por supuesto, marchó con esta nobilísima parte de la familia. Cuando menos, se veía ya la ex-estanquera convertida en azafata de la Reina y emparentada con lo mejor de la aristocracia. ¡Tanto puede en ciertas gentes la vanidad y el deseo de salir de la clase en que nacieron!

La única persona que no entendió nunca de estas cosas fué la pobre Rosario. Esta, decía la madre que era una muchacha prosaica. Unida al herrero de sus pensamientos, y convencida de que la mejor aspiración que podemos tener en este mundo es la de cumplir con nuestro deber y poner el corazón en Dios que siempre se encarga de dar lo demás que falta, vivía tranquila sin acordarse de que pudiese haber en la tierra otras personas más felices que ella.

Mas he aquí, que un día se me presentó muy llorosa y afligida.

—Que tienes Rosario, le pregunté con ese interés que siempre me han inspirado las personas dignas, que sin dejar de ser pobres han aprendido á ser nobles por medio de la virtud y el trabajo, bases en que estriba la nobleza verdadera.

—Señor; tengo una gran aflicción: lea V. esta carta.

Cogí la carta y leí. ¡Pobre Rosario, tenía motivo para afligirse!

Su familia, aquella familia que había marchado á Madrid cuajada de lazos, sortijas y perifollos, casi no existía. En el tiempo transcurrido sin saber de ella, había sido herida y arrollada por ese huracán del mundo que rara vez deja en pié aquello que saliendo de su nivel tiende á elevarse.

La *señá* Carmela, sus hijas y sus yernos, pobres espigas sembradas por la providencia en el humildísimo bancale del pueblo, habían querido sacar la cabeza sin tener en cuenta la debilidad de su tallo, y habían sido quebradas y convertidas en polvo. La *señá* Carmela había muerto en el hospital. El marido de Adelaida estaba en presidio por estafador. Gerónima y su marido habían desaparecido acosados por sus acreedores á consecuencia de una quiebra fraudulenta. La que escribía era Adelaida; estaba tísica: se moría; tenía una hija única y se la recomendaba á la mujer del herrero. ¡Cosas de la providencia!

Afortunadamente el herrero que era *decente* (contra las opiniones de su suegra,) recogió lo que pudo de sus modestísimos ahorros, fué á Madrid, cerró los ojos á su cuñada y se trajo á la niña para considerarla como otra de sus hijas.

* *

—¿Qué hace V., maestro? le preguntaba yo un día viéndole muy afanado construyendo una cajita de hierro con su correspondiente cerradura.

—Estoy haciendo una caja para depositar la dote que le guardo á mi sobrinita y á mis hijas.

—Pequeña debe ser; dije riéndome, al ver el diminuto tamaño de aquel mueble.

—Lo suficiente para asegurarles el porvenir.

Entonces abrió la cajilla y sacó de ella un papel. Aquel papel era la carta de Adelaida moribunda, pidiendo auxilio á la pobreza de su cuñado.

Al pié de ella había escrito el *decentísimo* herrero la siguiente máxima en letras algo tortuosas pero bien inteligibles.

Hijas de mi corazón:

Cuando en el mundo os quedeis

Solas, jamás olvideis

Esta severa lección.

¡Ay! de aquél que en su ambición

Y por salir de su esfera,

Tras de soñada quimera

Su clase y patria abandona!

Que no aguarde más corona,

Que el martirio que le espera.

000

Haced bien á los que os aborrecen.

Eran los lóbregos días de la revolución francesa de 1793. Los esbirros de la fermentada República iban á caza de curas y nobles como lobos carnívoros. En una choza pobre y solitaria, el Cura de Figeac celebraba en las tinieblas los santos Misterios, rodeado de una multitud silenciosa y devota. De repente oyese el pisoteo y el confuso murmullo de gente que se acerca recelosamente: un muchacho entra en el sagrado recinto y grita: «Vienen los soldados.» El terror y la confusión se apoderan de la piadosa asamblea; hombres, mujeres y niños se abalanzan en tropel hácia la puerta para evadirse. El sacerdote volviéndose hácia el pueblo y sin conmoverse dijo:

—Hermanos míos, el sacrificio empezado se debe concluir. Dios está con nosotros; roguemos.

Y vuelto de nuevo hácia el altar consumió las sagradas especies. Entre tanto el tumulto iba creciendo; los soldados habían ocupado el tugurio y su entrada. El sacerdote había aprovechado aquel alboroto y agitación general para despojarse de los ornamentos sagrados; y ayudado por algunos hombres más animosos; que sabían ser él la presa más anhelada por los corchetes, había logrado escaparse por una ventanita lateral que daba al campo. Diose á correr á toda

Prisa, mas no pudo ocultarse á la vista perspicaz de los soldados. Divisándole á cierta distancia, destacáronse dos de ellos y empezaron á perseguirle. Cruzando cercos y tapias, sin saber por dónde iba, hallóse el Cura en el borde de un caudaloso río; echóse á nadar, ganó la orilla opuesta, y viéndose en frente de un enorme peñasco, comenzó á trepar por sus lados hasta que subiendo á su cima fué perdido de vista por sus perseguidores. Arrociado para dar gracias á Dios y tomar aliento, teniase ya por seguro cuando oyó un grito lastimero de desesperacion y dolor. Volvió á la extremidad del peñasco, miró para abajo y vió á uno de los soldados que luchaba con la corriente á punto de ahogarse.

«Haced bien á los que os persiguen y aborrecon, dijo para sí, corramos á amparar á este desdichado.»

Y bajó con la misma celeridad con que había subido. En llegando al río el soldado había desaparecido; pero el Cura se arrojó en el agua y dos veces se zambulló buscando á su enemigo. Al fin reapareció sobre el agua llevando hacia la orilla el cuerpo insensible del infeliz.

En pocos minutos empezó este á recobrar los sentidos por los cuidados del heroico Cura. ¡Cuál fué su sorpresa al ver á quien debía su vida!

—¡Cómo! ¡vos, señor Cura! ¿sois vos quien me ha salvado?

—Sí, señor; y ahora soy vuestro prisionero, aquí me teneis.

—¡Vive Dios! que moriré antes de tocaros un solo cabello, señor Cura: vos no sois un hombre, sois un ángel.

—Pues ¿por qué me perseguís? ¿por qué me queríais matar?

—¡Ah! ¡que nos tienen engañados! nos hacen creer que sois unos tigres sedientos de sangre humana; y yo he hallado en vos mi más grande bienhechor y amigo. Pero vienen soldados: huid, señor Cura, escondeos, escapad; yo no os podré salvar; huid mientras os queda tiempo.

—Y vos, mi buen amigo, quedaos con Dios, y poned el colmo al consuelo que tengo de haberos salvado la vida, dejando de perseguir á los que sólo quieren servir á Jesucristo. A Dios.

Y los dos se separaron para no encontrarse ya más en esta vida.

La botella de agua.

¿Quereis, apreciables lectoras, una receta infalible para tener blandos como una esponja á vuestro marido, si lo teneis? De seguro que sí; mas tened en cuenta que el médico no soy yo, que por cierto no tengo trazas de ser médico ni cosa que lo valga; os lo dá un respetable párroco de la villa de X...

Habia en dicha villa un matrimonio de los que hace el diablo para sus usos. No bien despertaban los cónyuges, ya se armaba la gorda; empezaban por un quitame esas pajas; la tempestad arreciaba, llovían denuestos, maldiciones, blasfemias y cosas de mayor calibre. Quien llevaba la peor parte en estas guerras intestinas, no hay que decirlo, era la pobre de la mujer, que de todas las refriegas salía con algun tuerto.

El lunes con su robusta vara de fresno le media las espaldas de un garrotazo; el martes le hundía de una pedrada una costilla; el miércoles le hacía pasar la noche en claro, y así sucesivamente, de modo que los siete dias de la semana, los ocho, un sinapismo más peliagudo de lo que convenia, ocupaba todo el mapa de su cuerpo desde la punta de los piés hasta la coronilla de la cabeza.

Las consecuencias de ese mal vivir no eran sólo las zurribandas que ella se mamaba, que con todo y ser frecuentes y elevadas al cubo, para ella se cocían; si que tambien eran el escándalo de sus hijos, que salían de la peor realca imaginable. Los vecinos odiaban á esta familia, no sólo por los chicos que traían á mal traer á todo el barrio, pero más porque su casa era una Babel terrible. La policía habia intervenido en sus cuitas más veces que días tiene el año; en resumen, la fea de la discordia ardía tan vivamente en aquel matrimonio como se verá por el siguiente caso. Encontró cierto día el Cura á un mozalbete que contaría escasamente seis abriles. «En dónde vives?» le preguntó. «—En el infierno,» respondió con voz balbuciente aún, pero segura. Estático quedó el sacerdote ante respuesta tan categórica, y repuesto de su primera impresion continuó preguntándole: «¿Y cómo se llama tu padre?—Demonio.—¿Y tu madre?—Diablo.» No quiso alargarse más ante tan peregrinas respuestas; lo que hizo fué investigar de qué casa era aquel niño, consiguiéndolo sin gran esfuerzo.

Juzguen por lo dicho mis lectores cual estaría la casa, y si habria por donde el diablo la rechazara. Así andaban las cosas, cuando ella no pudiendo resistir más tanta palabrota, tanto golpe y tanta paliza, que... librenos Dios; se llegó una tarde al Cura con el rostro cosido de cardenales que le escoían más de lo que ella quisiera y... vamos, más de lo que era menester. Despues de un ratico de exclamaciones, ayes y una buena (ó mala) racion de mimica, exclamó con voz entrecortada por sollozos: «¡Infeliz de mí! ¡Señor Cura! ¡ay, señor Cura! Si V. no pone un freno á aquel demonio...

¡Válgame Dios! ¡Tia Geroma! esa lengua...

—Esto se merece y mucho más. ¡Si V. le viera! se le encienden los ojos, erizanse los cabellos, y aquella su boca empieza á arrojar blasfemias que causan horror. ¡Ah, José! ¡ojalá nunca te hubiera conocido! eres un monstruo de iniquidad, un aborto del...

—Calma, buena mujer, de lo contrario me marcho y no oigo más.

—No, no, señor Cura.

—Pues escucha. Cuando vuestro marido hace todo lo que decís y algo más, ¿qué haceis vos?

—¡Oh! hago cuanto puedo. Mientras no más grita, grito tambien con toda la fuerza de mis pulmones para que vea que tengo razon:

mas cuando coge un plato ó una silla, entonces me defiendo cuanto permiten las fuerzas femeninas.

—Corrente,—exclamó el Cura frunciendo el entrecejo, pues conoció que su lengua era su perdicion.—Voy á darle un remedio que sin duda va á dar excelentes resultados. Mas tenga en cuenta que ha de ejecutar cuanto yo le mandare.

—Descuide de eso, pues júrole á fuer de quien soy que no se ha de quejar de mí.

Con esta seguridad fuése el Cura á la cocina, llenó una botella de agua del cántaro, cerróla herméticamente con lacre para dar mayor solemnidad al caso, y la entregó á la tia Geroma.

—Ahí teneis, la dijo, una botella de agua la más milagrosa de cuantas han existido. Cuando José empiece á salirse de sus casillas, retraos vos á vuestro aposento, y á hurtadillas despues de rezar una Ave Maria os llenais la boca de esta agua, y no la soltais hasta que él vuelva á su elemento. El domingo volveréis aquí.

—Dios se lo pague, que á fé no dudo de la virtud de esta agua. Vendre como dice V.

El Cura no pudiendo reir por la boca, pues hubiera descubierto su trampa, reía por los codos que era una bendicion de Dios.

Marchóse contenta como unas pascuas nuestra tia Geroma hacia... el infierno. Al llegar encontró á su marido pataleando, y la de san Quintín se armara á no correr ella á todo trapo á llenarse la boca del agua milagrosa; con lo cual, si no evitó la catastrophe tan del todo que no le alcanzara algun trancazo, sin embargo evitó que le moliera, como solia, todos los huesos con su carne respectiva.

Viendo ella los excelentes resultados del agua, fué constante en usarla, y le valió tanto que al cabo de cuatro dias el iracundo José era más blando que una almohada de plumas; ella le mandaba.

El domingo fuése á visitar al Cura, no ya mohina y cariacontecida, sino jovial y risueña.

—¿Qué hay, tia Geroma?—dijo el Cura.

—Todo; sepa V. que soy feliz. Mi marido no es ya demonio, es un ángel; ni mi casa es un infierno, antes bien una balsa de aceite. Bendita sea el agua y bendito sea V. que me la dió.

—¿Con que, ha producido efecto?

—¡Vaya, y tal! Por lo tanto y por lo que pueda suceder, no será mal que me dé un par de botellas, que á fé se las pagaré bien.

—¡Ah bobalicona!—exclamó el cura con cara semi-seria y semi-risueña;—el agua que os di no tenia más virtud que la de cerraros la boca. Cuando vuestro marido se enfurecia y vos os pintiparabais, no haciais más que echar pólvora al fuego, de lo cual resultaban todos los efectos que eran la causa de vuestro llanto. Sirvaos esta leccion para siempre.

Seguidla vosotras tambien, queridas lectoras; si vuestros maridosse alborotan, callad; y si naturalmente sois respondonas, llenaos a boca de agua del cántaro, que tiene la misma virtud que la del Cura, y á fé que no os ha de pesar.

De procedencia desconocida.

Sublime caridad.

La persecucion se ensañaba en el Tong-kin (China). Un anciano de sesenta y nueve años fué reducido á prision con gran número de cristianos. Entre éstos últimos se hallaba su yerno, jóven que estaba en la flor de su edad. Este buen anciano que temblaba algunas veces á vista de la muerte, debio su invencible valor á las exhortaciones del yerno.

«Padre mio, le decia este, considerad la edad que teneis. Dos géneros de muerte se ofrecen á vuestra vista; la una natural, cuyas consecuencias son dudosas; la otra impuesta por los perseguidores, con la eterna felicidad por recompensa. ¿Cómo vacilar en una eleccion, donde es tan facil de conocer el mejor partido? Si fuera permitido lamentarse por la vida en estas circunstancias, estuviera bien esto en mí que soy jóven y vigoroso; y sin embargo, veis que la abandono alegremente por Dios. Dejo á mi esposa en la flor de su edad con cuatro niños que no pueden ganarse el sustento; pero Dios que me los ha dado, sabrá proveer á sus necesidades. ¿Os espanta el dolor que han de producir los varazos? No temais nada de esto, padre mio; yo recibiré en vuestro lugar todos los que los mandarines os impongan; estemos, pues, animosos y contentos.

«Cuando los jueces ordenaron los azotes, el admirable jóven se tendió en tierra para recibir desde luego los que le tocaban; y cuando se preparaban á varear á su padre, se levantó ensangrentado y dijo á los mandarines: Mi padre es anciano y débil; os ruego que tengais piedad de él y permitais que sea yo azotado en su lugar. Entonces se tendió de nuevo ante los mandarines y sufrió con heroico valor una segunda flagelacion.

«Al mismo tiempo que el futuro mártir animaba á su suegro, recibia él mismo de parte de los suyos excitaciones de valor y muy dulces consuelos. Fué á verlo muchas veces su esposa, llevando al pecho al más pequeño de sus hijos, y le exhortaba á no pasar pena por ella y á que estuviese tranquilo por la suerte de sus cuatro hijitos; añadiéndole, que aun cuando se quedase sola, esperaba con la gracia de Dios, poder criarlos y educarlos. Verdaderamente esta mujer fuerte mostró ser digna esposa de un mártir, y su hija ser digna de tal madre. Esta niña de once años, se escapó furtivamente un dia de la casa paterna para ir á ver al santo confesor en su prision. Anduvo sola media jornada de camino, atravesó sin temor por entre soldados y guardias, y penetró hasta donde se hallaba su padre, al que animó á morir antes que pisar la cruz. Algunos dias despues los valerosos atletas recibieron la corona del martirio.»

VARIEDADES.

Tristísima estadística.

—Como definitiva y exacta se da la siguiente estadística de los muertos y heridos, sólo de los pueblos de la provincia de Granada.

Alhama: 307 muertos y 502 heridos.

Albuñuelas: 102 muertos y 500 heridos.

Arenas de Rey: 135 muertos y 235 heridos.

Ventas de Zafarraya: 75 muertos y 28 heridos.

Santa Cruz de Alhama: 13 muertos y 8 heridos.

Zafarraya: 34 muertos y 86 heridos.

Murchas: 9 muertos y 12 heridos.

Jayena: 17 muertos y 3 heridos.

Cacín: 18 heridos.

Olivar: 4 muertos y 3 heridos.

Alar: un muerto y 20 heridos.

Jázar: un muerto.

Zubia: un herido.

Jatar: 2 muertos 11 heridos.

Cañar: un herido.

Jordales: un muerto.

Capileira: 2 heridos.

Motril: un muerto.

Loja: 3 muertos y 30 heridos.

Total: 695 muertos y 1.480 heridos.

—He aquí la estadística de los destrozos causados en la riqueza urbana de la misma de Granada.

Alhama, 1.302 casas destruidas y 280 ruinosas: Albuñuelas, 362 y 146; Arenas, 160 destruidas; Santa Cruz, 464 destruidas y 46 ruinosas; Zafarraya, 72 y 203; Murchas, 803 y 9; Jayena, 400; Cacín, 87 y 12; Turro, 72 y 17; Ventas de Zafarraya, 96 y 53; Salar, 30 y 43 ruinosas; Zubia, 25 ruinosas.

La anterior estadística es terrible, pero aun lo es más pensar, que, en un instante y cuando menos lo pensemos, podemos ser nosotros víctimas de una catástrofe igual.

¡Dios tenga misericordia de nosotros!

Pero vivamos prevenidos que esta es la mejor manera de merecerla.

Pregunta contestada.

Preguntaba un joven médico á un pobre escritor católico.

—Diga V., ¿por qué la Iglesia prohíbe en general la lectura de todo libro contrario á la fé y solo la concede á aquellas personas que reuniendo ciertas condiciones la solicitan por razones de utilidad ó necesidad?

Y contestó el preguntado.

—La Iglesia prohíbe en general, las lecturas contrarias á la fé, que es la salud del alma, á la manera que la higiene prohíbe en general ciertos trabajos que son contrarios á la salud del cuerpo. Y así como hay cuerpos robustos que sin su perjuicio pueden hacer esos trabajos en bien de los demás, así hay también almas fuertes en la fé y la sabiduría á quienes la Iglesia no teme entregar esos libros dañosos para que los refuten.

No todos los estómagos pueden recibir impunemente alimentos que tengan algo de nocivo y separar la buena sustancia y espeler el veneno. Del mismo modo, no todos los espíritus pueden percibir sin perjuicio suyo ciertas ideas que llevan mezclado el veneno de la mentira, y discernir tranquilamente la verdad separándola del error para echarlo fuera.

A confesion de parte...

El Grito del Pueblo, diario francés, repúblicano hasta los huesos y enemigo de los clérigos hasta el corazón, dice lo siguiente refiriéndose al estado en que se encuentran los asilos de Francia, de donde han sido arrojadas las hermanas de la caridad.

«En el asilo de *Medajes*, secularizado hace dos años, las salas están llenas de polvo, sucias é inmundas; se obliga á los asilados á lavarse en los escusados con el agua sucia que se vierte en las letrinas. Mucho podíamos añadir en demostración de que el servicio laico es una verdadera plaga, inventada por el odio de los malos.»

No cabe más claridad.

Y esto lo dicen los amigos. ¡Que tal andará aquello!

Hay que desengañarse; de donde se arroja la caridad cristiana no queda más que *el agua de las letrinas*.

FABULA.

El perro marrullero.

Un Can machucho la vida pasa,
Del lecho al plato, como holgazán.
Tan sólo cuando llega á la casa
El dueño, muestra todo su afán.

Brinca de gozo, sale de quicio,
Lame sus plantas, todo es amor,
Mas no le impongan ningún oficio,
Porque al trabajo profesa horror.

Ni caza busca, siempre rehacio,

Ni guarda-puertas siquiera es:
Tragar de prisa, dormir despacio,
Fiestas al Amo... ¡nada despues!

Por ende un día, con laconismo,
Furioso el Dueño le dice así:
—«Fuera poltrones! Luégo, ahora mismo,
Rabo entre piernas, te vas de aquí.»

Y el Can replica: «¿Tienes entrañas,
Señor ingrato, para hacer tal?
Tantas caricias, tan dulces mañas,
¿Así se premian á un animal?»—

—«De garatusas, perrazo chusco,
Yo no me pago (responde aquel):
Hasta en los hombres las obras busco,
No frasecitas de pura miel.

Conque á la calle, donde imagino
Que muchas hambres verás aun;
Si aguardas algo para el camino,
(Y agarra un palo) toma: *prum! prum!*

No á los que digan: SEÑOR! SEÑOR!
Dios brinda eterna felicidad:
Sino á los justos que con amor
Cumplan en todo su voluntad.

(Fábulas Ascéticas).

PENSAMIENTOS

Para llegar al conocimiento de la verdad hay muchos caminos.

El primero es la humildad.

El segundo es la humildad.

El tercero es la humildad.

* * *
El camino seguro para llegar al conocimiento de Dios y de los misterios de la religion, es creerlos sin querer comprenderlos. La fé es la salud del alma. Yo he llegado á ser fiel creyendo lo que no entiendo. S. Agustin.

Hemos recibido y agradecemos á la casa editorial *La Verdadera Ciencia Española* (Barcelona, Angeles, 14) el primer tomo de la excelente *Biblia*, cuyo cuaderno-muestra se repartió á nuestros suscriptores. Encarecemos una vez más la importancia de tan necesaria cuanto laudable empresa, que con general aplauso ha sabido reunir en una sola obra lo más selecto que en Santas Escrituras teníamos en España y se ha escrito recientemente. La simple inspeccion del tomo primero acredita no solo el acierto en la distribución de materias y puntualidad en el reparto, sino en el esmero que se ha puesto en la parte tipográfica. Sin duda alguna esta *Biblia* está destinada á sustituir ventajosamente á todas las con anterioridad editadas, insuficientes para responder á la polémica de hoy; ya que los trabajos de los renombrados autores, cuyo nombre se cita en el prólogo, son garantía bastante á asegurar que estará á la altura de la actual ciencia, y tener esta á mano es al presente obligacion de todos.

A instancia de varios de sus corresponsales y abonados, la biblioteca *La Verdadera Ciencia Española* avisa haber prorrogado el plazo para la admision de suscripciones á la *Biblia*, que debia terminar en 15 de este mes, hasta fin de Marzo próximo.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada numero ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Península.	América.
Una acción.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2 » » » »	2 50
Un cuarto id.	1 » » » »	1 25
Un octavo id.	50 cénts. »	

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta mas por acción.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la *Semana Católica*, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.